

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVILJANO

Esto es lo que pasa

La conferencia de prensa del Presidente de Gobierno solo pudo decepcionar a los que se empeñan en no comprender lo que está pasando. Estuvieron pendientes de sus vacuas palabras, en medio del bronco murmullo de la mutación política que se avecina; esperaban que sus gestos domesticadores harían retornar las furias desencadenadas a sus habituales ataduras, marchándose él a su casa, como le rogaba la piadosa oposición, o aparentando firmeza gubernamental, como le exigía su socio catalán. Son actitudes tan supersticiosas como las de querer salvar al velero metido en el ojo del huracán por un piloto maniaco, cambiándolo por otro que rece mejor o echando por la borda un litro de aceite impuro. Que ha sido la medida adoptada. Aunque sea el primer obstáculo a la remoción de las causas de la crisis, el jefe del gobierno está a remolque de los acontecimientos, prisionero de sombras inabarcables que lo tienen atado al palo mayor. Mientras que los demás factores de la crisis siguen cooperando ciegamente a su desenlace. Lo corrupto no es reprimible por lo corruptor, los remedios al paro no pueden provenir de los desempleadores, los electores arrepentidos saben ya que en las listas de partido está el germen de la irresponsabilidad política gobernante y de la corrupción institucional.

No se puede aceptar esta visión sin estar de acuerdo en la extrema gravedad de la situación española. Para no entrar en cálculos discutibles sobre la extensión del mal, es preferible calibrar el grado de su importancia mirando la naturaleza de la crisis política. Y no basta con decir que se trata de una crisis de gobierno, como pretende la oposición leal a S.M., ni de una crisis de Estado, como afirmo yo desde la oposición al régimen, o de una crisis ministerial como dice el gobierno. Se podría negar con facilidad esta tesis de la crisis ministerial, si no fuera porque en la sociedad política no hay crisis parlamentaria y, por ello, tampoco la hay de gobierno. Esta conclusión, que no piensa en las crisis gubernamentales de la sociedad civil, habría sido pertinente cuando los ministerios de Gobernación y Justicia concentraban casi toda la acción del Gobierno parlamentario. Pero esa conclusión se convierte hoy en el principio sustanciador de las modernas crisis políticas y económicas. Que cuando no son parlamentarias y se combinan entre sí, provocan auténticas crisis de Estado. Es lo que ha pasado en Italia. ¿Por qué los signos alarmantes de crisis política en la sociedad civil española no se ven acompañados por una crisis parlamentaria y de gobierno? Esa es la secreta institucionalidad de nuestra crisis.

Los creyentes en una simple crisis de gobierno contestan a tan crucial cuestión con respuestas insatisfactorias: perversa soberbia del piloto, decidido a hundirse con las manos puestas en un timón sin gobernar; egoísmo miope de su armador catalán, dispuesto a llevarse los restos del naufragio; falta de confianza en la pericia del piloto sustituto; disciplina ciega de los tripulantes a babor y estribor; ausencia de mapa alternativo al que fija el rumbo de la derrota; complicidad del sobrecargo en la carga metida de matute en la bodega; falta de juez en ejercicio a bordo; puesta en sordina de los altavoces oficiales y sirenas de alarma. Esas razones parciales, y otras que podrían añadirse, reclaman una razón explicativa de todas ellas. Razón que debe buscarse en la disparidad lacerante entre las ambiciones de honradez y empleo, en la sociedad civil, y la propensión a la corrupción y al paro en la sociedad política de la Monarquía parlamentaria. Todos lo saben. Pero se aferran al «felipismo», para no reconocer que la causa de la corrupción jamás ha estado en las personas, buenas o malas en función de las circunstancias, sino en las instituciones políticas que niegan la representación parlamentaria a las ambiciones del cuerpo electoral, para dársela a las de los jefes y aparatos de partido. Esto es lo que pasa.

TRIBUNA LIBRE

González dimite; Fernández Ordóñez, presidente

[INOCENCIO F. ARIAS]

Los acontecimientos en España se siguen sucediendo a un ritmo vertiginoso: hoy, lunes, el Rey Juan Carlos lo propondrá a las Cortes (Parlamento español) a Francisco Fernández Ordóñez como nuevo jefe del Gobierno en sustitución de Felipe González. Culminan así las semanas más agitadas de la democracia española desde el abortado golpe de Estado de febrero de 1981.

Lo que resultaba casi inimaginable hace un par de semanas, la dimisión de González, se ha precipitado en las últimas fechas. La salida de González, que desmiente así a los que le acusaban de aferrarse al poder a cualquier precio, parece estar relacionada con el nuevo y brutal deterioro que la imagen del Gobierno y de su presidente ha sufrido en pocos días después de que el escándalo Roldán y las dimisiones del ministro Albero y del viceministro Garzón fuesen seguidas de otras revelaciones sobre actuaciones de otros socialistas que han minado brutalmente la credibilidad ya erosionada del presidente ante el hombre de la calle y a escasas fechas de la importante fecha electoral de junio.

González, cuyo poder de convicción y carisma ha sufrido en los tres últimos meses un desgaste mayor que en sus once años anteriores de Gobierno, parece, a juicio de algunos de sus íntimos, sentirse «traicionado» (como ya

ocurrió en su ruptura con Guerra) por el surgimiento de nuevas actividades irregulares de personas cercanas al poder. La gota que parece haber colmado el vaso es el creciente rumor de que un matutino madrileño tiene en su poder un dossier enormemente comprometededor sobre otro

a la figura del antiguo ministro de Exteriores ha sido verdaderamente espectacular. Como se recordará F. Ordóñez, «Paco» como se le conocía en las cancillerías europeas, abandonó hace un par de años la política por motivos de salud. Lo hizo en olor de multitud después de ser, entre otras cosas, un brillante y apreciado ministro de Exteriores. Se retiró a lo que podríamos llamar Santapola-des-Eglises donde llevaba una vida dedicado a la lectura. Ha sido el propio González el que convenció a Ordóñez para salir de su retiro y el antiguo ministro aceptó, y así lo ha prometido formalmente a su esposa, con la condición de conducir el Gobierno sólo hasta las próximas elecciones generales.

En el partido socialista ha habido un unánime cerrar de filas detrás de Ordóñez. Ello obedece, en cualquiera de sus facciones, guerristas, renovadores, catalanes, etc... a una razón confesada y otra inconfesada. La confesada es que sube al poder una figura muy popular, no contaminada y que puede recomponer la imagen del partido ante la opinión pública. La inconfesada es que en una época de amargas querrelas intestinas en las filas socialistas todos los grupos veían con enorme aprensión la victoria en la carrera de la sucesión de alguna figura rival. Ordóñez no está alineado con nadie. Incluso los delfines, cantados u ocultos, de González pueden consolarse pensando que Ordóñez, por su salud y su pro-

Una historia de política ficción sobre cómo el difunto Ordóñez hubiera llegado a la Presidencia

destacado socialista, aparte de la basura que sobre la actuación de importantes instancias del Gobierno ha ido esparciendo el huido Roldán.

La disponibilidad, vencida su inicial resistencia, de F. Ordóñez para volver a la vida política parece también haber jugado un papel importante en el cambio de actitud de González, más reticente a dejar el poder en figuras más contestadas y menos prestigiadas.

El consenso logrado en torno

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envían.

Isabel Tocino y la regeneración política

Sr. Director: Siempre he admirado y defendido el papel que en nuestra democracia «socialista» han ejercido los medios de comunicación. A ellos hay que agradecer que la corrupción tan generalizada que se ha estado extendiendo en los años de gobierno socialista, como no existían precedentes en nuestra democracia, haya dado en la línea de flotación al Gobierno socialista, en su máxima cabeza, y hoy sea el día en que el clamor popular, incluyendo a sectores socialistas, pidan la

dimisión del propio Sr. González.

Eso fue lo que con total acierto expuso José María Aznar en el reciente debate sobre el estado de la Nación, en el que yo entendía debería haberse anunciado la moción de censura al final del mismo, en vez de aprobar las mociones de «trampa» que presentó el Partido Socialista y que fueron aprobadas cuasi por unanimidad, algunas de ellas.

La moción de censura, entonces planteada habría obligado a poner a cada fuerza parlamentaria frente a sus propias responsabilidades, en un debate en el que el tema estrella era amparar la corrupción o limpiar España de corrupción.

Me consta que no se habría ganado, y no hay más que ver la actitud que al día de hoy sigue teniendo el propio grupo

de Convergencia y Unión, que son los que mantienen la estabilidad parlamentaria. Pero a mi entender, al igual que le ocurrió a Felipe González cuando presentó la moción de censura frente a Adolfo Suárez y la perdió, ganó ese mismo día la confianza, con mayoría absoluta de los españoles durante casi once años, como fueron demostrando las urnas.

Del mismo modo entendía yo la moción de censura que, a mi entender, debería haber presentado el pasado 20 de abril el Partido Popular.

Escribo estas líneas, para aclarar, que cuando ahora he dicho que la solución ya no pasa por la moción de censura, sino por un Gobierno de regeneración democrática (que es el nombre que yo le he dado, y no de concentración como algunos medios han

publicado), es porque las cosas han variado sustancialmente y a mucho peor para el prestigio de España, en el plazo de esta última semana.

La imagen de una España, que en pleno proceso de acusaciones y comisiones de investigación sobre graves casos de corrupción que afectan a instituciones del Estado, como el Banco de España o la Guardia Civil, dedica a más de doscientos efectivos de la propia Guardia Civil, a buscar a su ex-jefe, que se encuentra huido en paradero «desconocido»... no puede ser más esperpéntico.

La moción de censura tiene poco sentido en este momento. Porque hoy ya no puede presentarse para perderla. Hoy hay que contar con el apoyo mayoritario para que el próximo gobierno tenga respaldo suficiente